

LA HEREJÍA DE HORUS
LA TORRE DEL RAYO

Dan Abnett



Lectulandia

Con la llegada a Terra de la noticia de la gran traición de Horus, un hombre es elegido para organizar las defensas del planeta y del Palacio Imperial. Un hombre que debe prepararlo todo para la embestida de cuya llegada está seguro, fortificar el trabajo de artistas y planificar las contingencias nunca imaginadas. Para Rogal Dorn, Primarca de la VII Legión de Marines Espaciales, los Puños Imperiales, es una tarea difícil y exigente. Sin embargo descubre que hay otra incluso mayor: enfrentarse a su miedo más oculto...

Lectulandia

Dan Abnett

La Torre del Rayo

Warhammer 40000. Herejía de Horus 19.2

ePub r1.0

epublector 04.11.13



Título original: *The Lightning Tower*

Dan Abnett, 2008

Traducción: Adeptvs Translates

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



LA TORRE DEL RAYO

DAN ABNETT

¿Qué es lo que temes? ¿Qué es lo que de verdad temes?

Hubo una vez un palacio magnífico que reposaba como una corona de luz sobre la cima del mundo. Fue en los días postreros, cuando la humanidad dejó su roca natal por segunda vez para perseguir un destino que se le había negado en la época previa.

Los maestros artesanos de múltiples gremios de marmolistas rivales habían levantado el palacio, piedra a piedra dorada, para que fuese una declaración de unidad majestuosa e inequívoca. Tras la lóbrega Era de los Conflictos, las tribus enfrentadas y los credos de Terra se habían mezclado bajo una única ley, y el palacio pretendía ser un símbolo de ese logro asombroso. Todas las dinastías insignificantes y los etnarcas, todas las naciones-clanes y genos, todos los déspotas y tiranos pancontinentales habían sido acallados o aplastados, derrocados o anexionados. Algunos, los más sabios y clarividentes, habían acatado y abrazado la nueva ley. Mejor el vasallaje que la ira de los guerreros de armaduras de trueno.

Mejor la sumisión que la enemistad del nuevo amo del mundo.

Se decía que una vez lo veías o lo oías hablar no volvías a sentir dudas nunca más. Era el único y siempre había sido el único. Había sido el Emperador mucho antes de que cualquiera hubiera ostentado ese título. Nadie conocía su nombre de nacimiento, porque él, siempre, de manera natural, había sido el Emperador.

Incluso los maestros artesanos de los gremios de marmolistas, famosos por sus mojigatas guerras de artífices y sus riñas jactanciosas, callaron y, en concierto, levantaron el palacio para él.

Era monumental. No se trataba tanto de un edificio como de una masa continental moldeada a mano. Los maestros artesanos la construyeron sobre la mayor cordillera montañosa de Terra y convirtieron los monstruosos picos en sus baluartes. Se erigió sobre un mundo devastado por siglos de guerra y perdición, y a pesar de que ese mundo iba a ser reconstruido con las ciudades extraordinarias y las maravillas arquitectónicas que florecerían en la nueva edad de la Unidad, nada podría alcanzar su magnificencia. Porque era una bella visión eufórica de plata y oro. Se decía que, una vez terminaron su trabajo, los maestros artesanos de los gremios de marmolistas dejaron caer sus herramientas y lloraron.

En el momento en que se concluyó era la mayor estructura creada por el hombre en todo el espacio conocido. Sus cimientos se hundían profundamente en la corteza del planeta, sus torres sondeaban los límites carentes de aire de la atmósfera. Se apropió completamente de las palabras «el palacio», sin necesidad de ningún calificativo adicional, como si ningún otro hubiera existido antes.

Él había manchado esa gloria. Había levantado oscuros cortinajes de murallas alrededor de los salones dorados, enfundado sus etéreas torres en pieles de armadura de diez metros de espesor. Lo había despojado de sus fachadas enjoyadas y su ornamentación criselefantina, de sus delicados minaretes y sus cúpulas flamígeras, y

en su lugar había implantado incontables torretas y emplazamientos de artillería, había excavado terraplenes colosales en las laderas que lo rodeaban y los había fortificado con un millón de baterías. Había uncido plataformas en órbitas síncronas para guardarlo desde lo alto, sus bancos de armas cargados y listos día y noche. Había dispuesto a sus hombres en los muros, blindados de oro y preparados para la guerra que se avecinaba.

Su nombre era Dorn y no estaba orgulloso de su trabajo.

Vadok Singh, el arquitecto de guerra, tenía la costumbre de acariciar los planos arquitectónicos según los extendía, como si se trataran de una mascota a la que profesara cariño.

—Necesidad —su palabra favorita, dijo mientras acariciaba los esquemas revisados de la elevación de Daulagiri.

—Es feo —dijo Dorn.

Se alejó de la mesa y se apoyó en una de las gruesas columnas de la cámara de planos, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho.

—Feo es lo que harán si encuentran la Puerta de Annapurna débil y desprotegida —respondió Singh.

Se apartó y encendió su pipa de boc con una vela, permitiendo a su rebaño de sirvientes que terminaran de disponer los diseños y los ajustaran al armazón de bronce de las lentes de visionado para que pudieran ampliar los detalles y proyectarlos sobre la pared de la cámara con el fin de examinarlos más de cerca.

Dorn se encogió de hombros.

—Sigue siendo feo. A Menzo de Traverto le llevó treinta años completar los orbes y el trabajo sobre la lazulita incrustada en esa puerta. Acudieron peregrinos hasta aquí sólo para verla. Se dice que incluso superaba a la Puerta Eterna en su estética.

—¿Y ahora estética? —Singh sonrió.

Comenzó a andar, dejando un rastro de humo azulado que partía de la cazoleta de su alargada pipa. Sus siervos lo siguieron por el corredor como una tímida camada que sigue a su madre. Singh era alto, más alto que el primarca, pero cadavéricamente delgado. Su gremio había cruzado genéticamente su linaje para favorecer la altura y facilitar las labores de medición y supervisión.

—Me encantan nuestras conversaciones, Rogal. Son un tanto contradictorias. Vos, el guerrero, y yo, el artesano, y sois vos el que me da lecciones de estética.

—No estoy dando lecciones —respondió Dorn.

Era consciente de la presencia de Sigismund y Archamus en la esquina de la gran sala, rígidos por el uso que el arquitecto de guerra hacía de su nombre de pila. Dorn tendría que oírles hablar después acerca del «respeto apropiado y el protocolo» una vez más.

—Por supuesto que no —dijo Singh—, pero es una necesidad. ¿Cuántas legiones tiene ya el Advenedizo a su lado?

Dorn oyó a Sigismund ponerse en pie. Se giró y se quedó mirando fijamente al primer capitán de los Puños Imperiales. Sigismund le devolvió la mirada por un segundo y entonces abandonó la habitación.

Dorn devolvió la mirada al arquitecto de guerra.

—Demasiadas —dijo.

Singh alzó un brazo largo y flaco en dirección a los esquemas.

—¿Entonces?

—Comenzad mañana al amanecer. Desmantelad la puerta con cuidado y almacenad las piezas desmontadas en las cámaras acorazadas. Cuando esto acabe volveremos a dejarla como estaba.

Singh asintió.

Volveremos a dejarla como estaba, pensó Dorn. Cuando esto acabe volveremos a dejarlo todo como estaba.

Un viento frío descendía sobre los terraplenes inferiores aquella noche. El palacio era tan inmenso que las paredes de sus precipicios generaban su propio microclima. Unas estrellas grasientas nadaban en las vaharadas de calor que desprendían los nuevos reactores del palacio. Estaban probando los escudos de vacío otra vez.

No es un palacio. Nunca más será un palacio, es una fortaleza.

Algunas de aquellas estrellas plomizas eran plataformas orbitales que capturaban los últimos retazos de la luz solar a medida que Terra giraba. Dorn se puso la túnica ribeteada de pieles que poseía desde su adolescencia en Inwit y salió a pasear por los parapetos de la prospección del Daulagiri para afligirse por su belleza una vez más. Era una de las últimas secciones del palacio que permanecían intactas. Las placas blindadas de adamantina, el monótono rococemento pretensado y las auto-torretas aún tendrían que malograr sus etéreas líneas.

Pronto, sin embargo. Desde el muro Dorn podía ver el medio millón de hogueras de la multitud de marmolistas, el ejército de mano de obra que invadiría la prospección al amanecer con sus mazos, cinceles y grúas.

La túnica había pertenecido a su abuelo, aunque hacía tiempo que Dorn había comprendido que ningún lazo de sangre lo ligaba a la casta de hielo que lo había criado en Inwit. Él había sido creado a partir de otra línea genética, la más singular de todas, en una estéril cámara acorazada en la profundidad bajo sus pies en la que estaba enterrado el núcleo del palacio.

No es un palacio. Nunca más será un palacio, es una fortaleza.

Dorn había sido creado para regir, creado para asistir a las ambiciones sin descanso de su padre, creado para tomar decisiones duras. Había sido creado como un

primarca, uno de los únicos veinte existentes en toda la galaxia, nacido de la labor de ingeniería del maestro arquitecto de la humanidad, el archiconstructor del código genético. *El Imperio necesita muchas cosas, pero sobre todo necesita la habilidad de protegerse a sí mismo, de atacar cuando sea necesario. Es por eso que le di veinte poderosos dientes a su boca.*

Atacar era algo increíblemente fácil de hacer. La potencia física de Dorn humillaría a cualquiera salvo a otros veinte seres en la creación y aquellos veinte eran su padre y sus diecinueve hermanos. En opinión de Dorn, el auténtico arte residía en saber cuándo no atacar. Su abuelo, el viejo señor de Inwit, patriarca del clan de la colmena de hielo, se lo había enseñado.

Dorn había sido el séptimo hijo perdido en ser recuperado. En el tiempo en que las fuerzas de su padre lo encontraron ya había llegado a ser el caudillo de un sistema por derecho propio, gobernando el Cúmulo de Inwit como cabeza de la Casa de Dorn. Su abuelo llevaba muerto cuarenta inviernos, pero el caudillo aún dormía por las noches con el cuerpo arropado por la túnica ribeteada de pieles. Su gente lo llamaba «emperador», hasta que el auténtico significado de ese título lo demostró un centenar de naves de guerra sobre el cielo de Inwit. Dorn fue al encuentro con su padre a bordo de la *Falange*, una nave frente a ciento, pero qué nave: una fortaleza. Su padre se había sentido impresionado. Dorn siempre había destacado en la construcción de fortalezas.

Por ello era por lo que Dorn había vuelto a Terra con su padre genético. Por amor, por devoción, por obediencia, sí, pero por encima de todo por necesidad, maldito fuera Singh. Las estrellas se habían dado la vuelta y el Caos se había derramado por debajo de ellas. El más brillante de todos había caído y lo impensable, lo herético, se había vuelto un hecho.

El Imperio se atacaba a sí mismo. El Señor de la Guerra, por motivos que Dorn no alcanzaba a comprender, se había vuelto contra su padre y arrastraba sus fuerzas hacia una guerra total. Esa guerra llegaría a Terra. No había duda alguna.

Llegaría. Terra necesitaba estar preparada. El palacio necesitaba estar preparado. Su padre le había pedido como ruego personal que regresara a Terra y que la fortificara.

No había otro mejor para esa tarea. No había mejor maestro de la defensa. Dorn y sus Puños, apoyados por los pretorianos del Emperador, serían capaces de rechazar cualquier ataque.

Debajo de él, los salones de Terra eran silenciosos y las murallas profundas. El único sonido era el distante y eterno murmullo del Astronomicón. El palacio que Dorn había blindado y desfigurado reposaba como una corona de oscuridad sobre la cima del mundo.

Rogal Dorn había edificado algunos de los baluartes más exquisitos de toda la

creación: la ciudad fortificada de Zavamunda, el pilono espiral de Gallant, los torreones a lo largo de las Marcas de Ruthan. Bastiones inexpugnables todos ellos, palacios para señores gobernadores desde los que pudieran reinar. Ninguno de ellos había sido tan esencial como esta fortificación. Ninguna de ellas había sido tan dolorosa de acometer. Era como emborronar la luz o drenar un mar. La brillante gloria del triunfo de su padre, el monumento perdurable de la Unidad, había sido sepultada en el interior de un vasto caparazón de defensa utilitaria.

Y todo por Horus, por el más brillante hijo bastardo, el portador de un nuevo conflicto.

Dorn oyó la piedra astillarse. Bajó la mirada. Había perforado con su puño, su puño imperial, un bloque de piedra del parapeto. Apenas había registrado el impacto. El bloque se había pulverizado.

—Señor, ¿va todo bien?

Archamus lo había seguido como una sombra desde la cámara de planificación. No tan volátil como Sigismund, Archamus era el líder del séquito de guardia de Dorn.

Había una mirada de preocupación en la cara de Archamus.

—Sólo estaba aireando mis pensamientos —dijo Dorn.

Archamus miró al bloque astillado.

—¿Haciendo el trabajo de los artesanos de Singh?

—Algo así.

Archamus asintió. Dudó un momento y miró por encima de las altas murallas hacia los distantes terraplenes del Mahabarat.

—Habéis forjado una maravilla, ¿lo sabéis?

—He arruinado una.

—Sé que lo odiáis, pero así tenía que ser. Y nadie podría haberlo hecho mejor.

Dorn suspiró.

—Eres muy amable, viejo amigo, pero ahora mismo mi corazón es un peso muerto. Esto nunca debería haber sido necesario. He buscado en los límites de mi imaginación y aun así no puedo concebir nada que empiece siquiera a explicar esta guerra. ¿El orgullo y la ambición? ¿El insulto? ¿La envidia? No son suficientes, no son ni lejanamente suficientes, no para un primarca. Son demasiado nimios y mortales para llevar a un primarca hasta tal extremo. Pueden provocar una trifulca, una enemistad a lo sumo. Pero no podrían partir la galaxia en dos.

Dorn miró al cielo nocturno.

—Y aun así, contra toda razón, se acerca.

—Guilliman lo detendrá.

—Roboute está demasiado lejos.

—Russ, entonces. El León. El Khan.

Dorn negó con la cabeza.

—No creo que ellos puedan detenerlo tampoco. Creo que pasará por encima de todos hasta alcanzarnos.

—Entonces nosotros lo detendremos —dijo Archamus—. ¿No es así, mi señor?

—Por supuesto que lo haremos. Sólo desearía...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué desearíais, mi señor?

—Nada.

Súbitamente el viento tiró de la túnica ribeteada de pieles de Dorn. Por encima de ellos, los escudos desaparecieron y de nuevo se lanzó la batería de pruebas.

—¿Puedo haceros una pregunta, mi señor? —preguntó Archamus.

—Por supuesto.

—¿Quién es a quien de verdad teméis?

Considera la pregunta, Rogal Dorn. El primer axioma de la defensa es entender contra quién te defiendes. ¿Qué es lo que temes? ¿Quién es a quien temes?

Dorn paseaba por los salones del Precinto de Katmandú, donde los órganos del Adeptus Terra hacían su trabajo. El Precinto, una ciudad completa contenida en las instalaciones adosadas del palacio interior, jamás dormía. Funcionarios con túnicas y servidores pulidos iban de un lado para otro a lo largo de la amplia explanada. Ministros y embajadores atendían sus asuntos bajo el techo de un kilómetro de altura del Hegemón. El gran mecanismo del Imperio zumbaba a través de ellos, su funcionamiento era implacable como una precisa pieza de relojería. Aquello era lo que la Unidad había traído consigo, aquello y la extensión casi sin medida de los mundos y dominios que guiaba y administraba.

Durante doscientos años el Emperador y sus primarcas habían luchado para crear el Imperio. Habían llevado la Gran Cruzada de estrella a estrella, para forjar el imperio del hombre, una empresa épica que habían afrontado sin dudar, porque creían, con una convicción íntima, en el brillante destino al que estaban dando forma para su especie. Lo habían creído. *Todos ellos.*

¿Qué era lo que temía? ¿Quién era a quien temía? ¿Angron? No, a él no. Dorn podría partir su cráneo en dos sin ningún reparo si se encontraran cara a cara. ¿Lorgar? ¿Magnus? Siempre había habido un fétido olor a brujería en esos dos, pero Dorn no sentía hacia ellos nada que pudiera describirse como miedo. ¿Fulgrim? No. El Fénix era un enemigo singular, pero no objeto de terror. ¿Perturabo? Bueno, su rivalidad venía de antiguo, el enfrentamiento rencoroso de dos hermanos que compiten por la atención de su padre.

Dorn sonrió a pesar de su estado de ánimo. Los años de intercambiar insultos con

Perturabo parecían incluso cómicos comparados con aquello. Ambos se parecían mucho, envidiosos de las habilidades demasiado similares del otro. Dorn sabía que había sido un acto de debilidad por su parte haber picado el anzuelo del Guerrero de Hierro. Pero la rivalidad siempre había sido una fuerza motivadora entre los hermanos primarcas. Se había alimentado como un factor que los había llevado a logros cada vez mayores.

No, no era Perturabo a quien temía.

¿Horus Lupercal, entonces?

El vagabundeo sin rumbo de Dorn lo había llevado al Investiario. En aquel amplio espacio, un anfiteatro abierto al cielo nocturno, las estatuas de los veinte reposaban en sus plintos de ouslita en un círculo silencioso.

Allí no había nadie. Incluso la Guardia Custodia estaba ausente. Los orbes luminosos brillaban en sus astas de hierro negro. El Investiario tenía dos kilómetros de diámetro. Bajo las estrellas rutilantes parecía una arena donde veinte guerreros se hubieran reunido para medirse en combate.

El segundo y el decimoprimer plinto llevaban vacíos mucho tiempo. Nadie hablaba nunca de aquellos dos hermanos ausentes. Sus respectivas tragedias se consideraban aberraciones. ¿Acaso habrían sido ellos advertidos de lo que nadie había considerado?

Sigismund había instado a que las efigies de los traidores se retiraran del Investiario. Incluso se había ofrecido a hacerlo él mismo. Aquello, recordó Dorn, había hecho reír al Emperador.

En aquel momento los traidores habían sido amortajados. Sus colosales figuras envueltas en trapos parecían fantasmas en la oscuridad azulada.

¿Horus, entonces? ¿Era Horus?

Quizá. Dorn sabía que Horus era el más grande de todos ellos, lo que lo convertía en el enemigo más grave. ¿Podía alguien esperar superar a Lupercal en el campo de batalla?

No se trataba en absoluto de una mera cuestión acerca del poder marcial. Dorn nunca había temido a un adversario en su vida independientemente de lo fuerte que fuera o lo duro que combatiera. El combate había sido siempre una mera prueba.

Lo que importaba, lo que engendraba miedo era por qué un adversario combatía. Qué lo hacía luchar.

Ah, así que ahí está. Ahora la verdad se revela. Sintió que el pelo de la piel se le erizaba. *No es a Horus a quien temo. Lo que temo es descubrir por qué se ha rebelado contra nosotros. No puedo concebir ninguna justificación para este cisma, pero Horus debe tener sus razones. Temo que cuando las conozca, cuando se las expliquen a mi mente perpleja pueda... estar de acuerdo.*

—¿Vas a hacerlos pedazos?

Dorn se giró al oír el sonido de aquella voz. Por un momento había sonado como el suave gruñido de su padre.

Pero sólo era un hombre, un hombre enfundado en una túnica y encapuchado que apenas alcanzaba la mitad de la altura de Dorn. Sus ropas eran las de un simple administrador de palacio.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó Dorn.

El hombre se adentró en el círculo del Invetiario para encarar a Dorn. Hizo el gesto del viejo saludo de la Unidad en vez del signo del águila.

—Estabas mirando los monumentos a tus familiares —observó—. Te he preguntado... ¿vas a hacerlos pedazos?

—¿A los monumentos o a mis familiares, Sigilita? —respondió Dorn.

—A ambos. A cualquiera.

—A las estatuas tal vez. Creo que Horus está haciendo un gran trabajo con los propios hombres.

Malcador sonrió y miró a Dorn. Como el de Dorn, su pelo era blanco. Pero a diferencia de éste, el suyo caía en una melena. Malcador era un ser excepcional. Había estado junto al Emperador desde el origen de las Guerras de Unificación, sirviendo como asesor, confidente y consejero. Había ascendido hasta convertirse en el señor del Consejo de Terra. El Emperador y los primarcas eran sobrehumanos genéticamente avanzados, pero Malcador sólo era un hombre, y eso era lo que lo hacía excepcional. Permanecía a la altura de los señores sobrehumanos del Imperio y sólo era un hombre.

—¿Das un paseo conmigo, Rogal Dorn?

—¿No hay asuntos de estado que requieran vuestra atención incluso a estas horas de la noche, mi señor? El Consejo lamentará vuestra ausencia en la mesa de negociaciones.

—El Consejo puede apañarse un rato sin mí —respondió Malcador—. Me gusta tomar el fresco a esta hora de la noche. El Imperio nunca descansa, pero de noche, aquí arriba en el fino aire del viejo Himalaya, al menos puedo encontrar la ilusión del descanso, un rato para pensar y liberar la mente. Paseo. Cierro los ojos. Y las estrellas no desaparecen sólo porque no las esté mirando.

—Aún no —dijo Dorn.

Malcador se rió.

—No, aún no.

Apenas dijeron nada al principio. Dejaron el Invetiario y caminaron sobre las piedras beis de las terrazas más altas del Precinto entre el llanto de las fuentes. Pasearon hasta la lejana Puerta del León, hasta las plataformas apostadas sobre los anillos de atraque y las pistas de aterrizaje de la llanura de Brahmaputra. La Puerta había sido una vez

algo magnífico, con sus dos bestias doradas rampantes con las garras enlazadas en una disputa feral. Los trabajos de Dorn las habían reemplazado por dos torreones grises gigantescos, tachonados de casamatas y troneras para los macrocañones. Un armazón de crudo rococemento rodeaba la puerta, su perímetro erizado con las aspas de los campos de vacío como las espinas de un reptil prehistórico.

Permanecieron allí por un tiempo meditando en silencio sobre ello.

—No soy un hombre sutil —dijo Malcador al final.

Dorn alzó las cejas.

—Oh, está bien —dijo Malcador—, tal vez lo sea. La astucia le viene de forma natural a un político. Sé que se me considera *agudo*.

—Una vieja palabra, sin más significado que «sabio» —respondió Dorn.

—Ciertamente. Aceptaré eso como un cumplido. Lo que quiero decir es que no voy a intentar hablar ahora con sutileza.

—¿No?

—El Emperador ha expresado su preocupación.

—¿Lo que significa? —preguntó Dorn.

Malcador contestó con un ligero suspiro.

—Sabe que estás lleno de dudas.

—Es lo natural, creo, dadas las circunstancias —dijo Dorn.

El Sigilita asintió.

—Él confía en ti para asumir la defensa. Cuenta contigo. Terra no debe caer, no importa lo que Horus traiga consigo. Este palacio no debe caer. Si todo tiene que acabar aquí, entonces debe acabar con nuestro triunfo. Pero Él sabe, y yo sé, y tú sabes, que cualquier defensa sólo es tan firme como lo es su punto más débil: fe, creencia, confianza.

—¿Qué es lo que intentáis decirme?

—Si hay duda en tu corazón, entonces esa es nuestra debilidad.

Dorn miró a lo lejos.

—Mi corazón está triste por lo que he tenido que hacerle a este lugar. Eso es todo.

—¿Lo es? No creo. ¿Qué es lo que de verdad temes?

Malcador alzó la mano y las luces de sus cámaras se encendieron. Dorn miró a su alrededor. Nunca antes había estado en las estancias privadas del Sigilita. Antiguas imágenes colgaban de las paredes, cosas frágiles y descascarilladas de madera, lienzo y pigmentos en descomposición, preservadas por delgados campos azules de estasis: el retrato pálido como el humo de una mujer con una peculiar sonrisa, chillonas flores amarillas pintadas con gruesos brochazos de pintura, la inquebrantable pero legañosa mirada de un viejo rollizo representado en una sombra marrón tabaco. A lo largo de otra pared colgaban estandartes hechos jirones que mostraban el sello del trueno y el

rayo de los ejércitos anteriores a la Unificación. Armaduras completas —perfectas, centelleantes armaduras de trueno— permanecían montadas en resplandecientes campos de suspensión.

Malcador ofreció vino a Dorn, que lo rechazó, y un asiento, que aceptó.

—He llegado a una cierta paz conmigo mismo —dijo Dorn—. Entiendo qué es lo que temo.

Malcador asintió. Se echó sobre los hombros la capucha y la luz brilló sobre su largo pelo blanco. Tomó un sorbo de su vaso.

—Ilumíname.

—No temo a nadie. Ni a Horus, ni a Fulgrim, a ninguno de ellos. Lo que temo es la causa. Temó la raíz de su enemistad.

—Temes lo que no comprendes.

—Exacto. Soy incapaz de comprender lo que empuja al Señor de la Guerra y a sus cohortes. Es algo casi alienígena, algo que desafía toda traducción. Una defensa férrea se basa en conocer aquello frente a lo que se está defendiendo. Puedo levantar todos los terraplenes y murallas y bastiones armados hasta los dientes de cañones que quiera, y aun así seguiré sin saber contra qué estoy luchando.

—Muy perspicaz —dijo Malcador—, y cierto para todos nosotros. Casi me atrevería a decir que ni el Emperador entiende completamente qué es lo que empuja a Horus contra nosotros de esa manera tan furibunda. ¿Sabes lo que creo?

—Decídmelo.

Malcador se encogió de hombros.

—Creo que es mejor que no lo sepamos. Comprenderlo es comprender la locura. Horus está loco. Caos está dentro de él.

—Habláis como si el Caos fuera... algo.

—Lo es. ¿Te sorprende? Has conocido la disformidad y visto los efectos de su toque corruptor: eso es Caos. Ahora ha tocado a la humanidad, retorcido al mejor y más brillante de nosotros. Lo único que podemos hacer es permanecer fieles a nosotros mismos y rechazarlo, negarlo. Intentar comprenderlo es el empeño de un necio. Nos reclamaría a nosotros también.

—Ya veo.

—Pues no lo veas, Rogal Dorn, y vivirás más tiempo. Lo máximo que puedes hacer es aceptar tu miedo. Eso es todo lo que cada uno podemos hacer. Reconócelo como lo que es: la simple y llana cordura mortal petrificada ante la visión de la infecciosa y sofocante locura de la disformidad.

—¿Eso es lo que cree el Emperador? —preguntó Dorn.

—Es lo que sabe. Es lo que sabe que no sabe. A veces, amigo mío, en la ignorancia está la salvación.

Dorn permaneció sentado un momento. Malcador lo miraba, tomando a ratos un

sorbo de su vaso.

—Bien, os agradezco vuestro tiempo, mi señor —dijo Dorn tras unos momentos—. Y vuestra franqueza. Tengo que...

—Una cosa más —dijo Malcador dejando el vaso y poniéndose en pie—. Hay algo que quiero enseñarte.

Malcador cruzó la sala y cogió algo del cajón de un viejo escritorio. Volvió hasta donde estaba Dorn y lo dejó sobre la mesa que había entre ambos.

Dorn abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. El miedo lo aferró con fuerza.

—Lo reconoces, por supuesto.

Viejos naipes, desvaídos, decolorados y con las manchas del paso del tiempo. Uno a uno, Malcador los fue colocando sobre la mesa.

—Los arcanos mayores, simples pertrechos de juego en realidad, pero ampliamente empleados para la adivinación antes de la Vieja Noche. Esta baraja se fabricó en Nostramo Quintus.

—Él las usaba —dijo Dorn con la voz entrecortada.

—Sí, lo hacía. Confiaba en ellas. Creía en la cartomancia. Consultaba los hados, noche tras noche embrujada, estudiando las tiradas de las cartas.

—Sagrada Terra...

—¿Estás bien? —preguntó Malcador mirándolo con atención—. Te has puesto un poco pálido.

Dorn asintió.

—Curze.

—Sí, Curze. ¿Lo habías olvidado, o bloqueado sin más? Has peleado y entrenado con muchos de tus hermanos a lo largo de los años, pero sólo Konrad Curze logró herirte una vez.

—Sí.

—Casi te mató.

—Sí.

—En Cheraut, hace mucho.

—¡Lo recuerdo perfectamente!

Malcador alzó la vista hacia Dorn. El primarca se había puesto en pie.

—Entonces siéntate y cuéntamelo, porque yo no estaba allí.

Dorn se sentó.

—Hace tanto que parece como de otra vida. Habíamos sometido el sistema Cheraut. Fue una lucha dura. Los Hijos del Emperador, los Amos de la Noche y mis Puños estábamos conformes. Pero Curze no sabía cuándo parar. Él nunca sabía cuándo parar.

—¿Y se lo repriminaste?

—Era un animal. Sí, se lo recriminé. Y entonces Fulgrim me contó algo.

—¿Qué te contó?

Dorn cerró los ojos.

—El Fénix me contó lo que el propio Curze le había contado a él: los ataques que lo asaltaban desde su infancia en Nostramo, las visiones. Curze decía que había visto la galaxia en llamas, el legado del Emperador derrocado, astartes volviéndose contra astartes. ¡Eran mentiras, insultos a nuestro credo!

—¿Te enfrentaste a Curze?

—Y me atacó. Creo que podría haberme matado. Está loco. Es por lo que lo encerramos, asqueados de su derramamiento de sangre. Por eso es por lo que quemó hasta los cimientos su planeta natal y arrastró a sus Amos de la Noche a los confines más oscuros de las estrellas.

Malcador asintió y volvió a dar las cartas.

—Rogal, él es lo que de verdad temes, porque es el miedo encarnado. Ningún otro primarca emplea el terror como un arma de la manera en que Curze lo hace. No temes a Horus ni a sus sucias herejías. Temes el miedo que se ha aliado con él, el horror nocturno que avanza al lado de los traidores.

Dorn se sentó y espiró.

—Me ha atormentado, lo confieso. Todo este tiempo, me ha atormentado.

—Porque tenía razón. Sus visiones eran verdaderas. Vio esta Herejía venir en sus alucinaciones. Esa es la verdad que temes. Desearías haber escuchado.

Dorn bajo la vista a las cartas repartidas en la mesa frente a él.

—¿Creéis en la adivinación, Sigilita?

—Veamos —dijo Malcador dando la vuelta a las cartas una a una: la Luna, el Mártir y el Monstruo, el Rey Oscuro cruzado sobre el Emperador.

Y una carta más, la Torre del Rayo.

Dorn gruñó.

—Un bastión hecho pedazos por un rayo. Un palacio convertido en ruinas por el fuego. Ya he visto suficiente.

—La carta tiene muchos significados —dijo Malcador—. Como la carta de la Muerte, su significado no es solamente el obvio. En las colmenas de Mérica del Norte simbolizaba un cambio de la fortuna, un giro del destino. Para las tribus de los francos y los talos significaba un conocimiento o un logro alcanzado a través de un sacrificio. Una llamarada de inspiración si lo prefieres, una que sacude el mundo que conoces pero que te entrega un regalo mayor.

—El Rey Oscuro se abate sobre el Emperador —apuntó Dorn.

Malcador bufó.

—Bueno... esto no es una ciencia exacta, amigo mío.

Se habían abierto camino a través de las masivas defensas terrestres de Haldwani y Xigaze. El cielo en la cima del mundo estaba ardiendo. A pesar de los bombardeos de las plataformas orbitales y de los ataques constantes de los stormbirds y las thunderhawks, las legiones traidoras avanzaban a través de Brahmaputra, a lo largo del delta de Karnali. Lluvias de fuego continentales rugían a lo largo y ancho de la llanura gangeática.

A medida que alcanzaban las murallas externas del palacio, el flujo imparable de la multitud de vociferantes máquinas de guerra bípedas era recibido con monzones de potencia de fuego. Cada emplazamiento a lo largo de la prospección de Daulagiri agotaba sus armas. Los láseres se esparcían como látigos de neón aniquilando todo aquello que tocaban. Las placas de blindaje caían como aguanieve. Los titanes explotaban, envueltos en llamas, se colapsaban y aplastaban a los guerreros que se apiñaban como enjambres alrededor de sus tobillos. Y aun así, llegaron. Lanzas de luz golpearon las paredes de blindaje reforzado como un relámpago, como un rayo azotando una torre.

Los muros cayeron, se colapsaron como glaciares que se funden. Cuerpos ataviados de oro se desperdigaron, dando tumbos en la marea de escombros. El palacio comenzó a arder. Puerta Prima perdida. La Puerta del León sometida a un ataque desde el norte. La Puerta de Annapurna. En la Puerta Última los traidores finalmente penetraron en el palacio, masacrando a cuantos encontraron dentro. Alrededor de cada puerta abatida, los cadáveres de los titanes se apilaban en vastos amasijos desplomados allí donde habían caído unos sobre otros en su deseo de penetrar en el recinto. La multitud hereje trepó por entre sus despojos, derramándose dentro del palacio, gritando el nombre de sus...

—Fin de la simulación —dijo Dorn.

Miró fijamente la mesa hololítica. A una orden suya las fuerzas del enemigo se retiraron, unidad tras unidad, el palacio se reconstruyó a sí mismo. El humo se desvaneció.

—Restablece los parámetros para Horus, Perturabo, Angron y Curze.

—¿Oposición? —solicitó la mesa.

—Puños Imperiales, Ángeles Sangrientos, Cicatrices Blancas. Reinicia y reproduce el escenario.

El mapa parpadeó. Los ejércitos avanzaron. El palacio comenzó a arder de nuevo.

—Reprodúcelo, simulación tras simulación, si lo deseas —dijo la voz a su espalda—. Las simulaciones no son más que simulaciones. Sé que cuando llegue el momento no me fallarás.

Dorn se giró.

—Nunca os fallaría a sabiendas, Padre —dijo.

—Entonces no temas. No dejes que el miedo se interponga en tu camino.

¿Qué es lo que temes? ¿Qué es lo que de verdad temes?

La Torre del Rayo, pensó Rogal Dorn. Entiendo lo que significa: un logro obtenido a través de un sacrificio. Sólo temo qué será lo que tengamos que sacrificar.